



Doi: <https://doi.org/10.17398/2340-4256.18.871>

LAS COFRADÍAS PENITENCIALES Y TRENTO: ORIGEN Y CONSOLIDACIÓN DE LA SEMANA SANTA PROCESIONAL EN EL ÁMBITO CASTELLANO

PROVISIONS OF TRENT ON CATHOLIC ASSOCIATIONALISM AND THEIR RECEPTION IN THE AMERICAN PROVINCIAL COUNCILS

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid

Recibido: 13/10/2022

Aceptado: 22/11/2022

RESUMEN

El Concilio de Trento no supone el nacimiento de las procesiones de penitencia asociadas a las cofradías de la Semana Santa de nuestras ciudades. Más bien, en su periodo de aplicación, podemos encontrar la consolidación de un ámbito de actuación que poseía orígenes más remotos y que prendió, no solo en el ámbito de los claustros, sino que, como comportamiento, alcanzó a amplios sectores de la población de una sociedad cristiana como era la de los siglos XV y XVI. La mayoría de estas cofradías nacieron en conventos de mendicantes, especialmente franciscanos y dominicos. La nueva liturgia, más comprensible, salió de las iglesias y se trasladó a las calles, y allí se institucionalizaron estas agrupaciones de cristianos que compadecían a Cristo en su Pasión. Pero las procesiones no eran los únicos actos cotidianos de las cofradías penitenciales. Poseían

importantes establecimientos de asistencia a distintos necesitados, construyeron sus propios templos, alumbraron las imágenes con mayor devoción. Y así llegamos al nacimiento de las modernas escenas procesionales con autores muy especializados como Gregorio Fernández. Sobre esta transformación técnica, artística diríamos hoy, también se encuentra la espiritualidad española en pleno Siglo de Oro, entregando a la imprenta importantes títulos. Se plasmará en vivencia, más que en lecturas generalizadas, la cercanía al Cristo que sufre.

Palabras clave: Concilio de Trento, procesiones, cofradías, Semana Santa, conventos, pasos procesionales, reforma religiosa.

ABSTRACT

The Council of Trent did not result in the appearance of the penitential procession linked to the Holy Week confraternities of our cities. On the contrary, whilst it was in force, we see the consolidation of a field of action whose origins were older and that was extremely successful not only within cloisters, but also, as a practice, within the general Catholic populations from the Fifteenth and Sixteenth Centuries. Most of those confraternities were born in mendicant convents, particularly from Franciscans and Dominicans. The renewed liturgy, more accessible, came out of the churches and into the streets, and that was where these Christian guilds that commiserated with Christ in his Passion were institutionalised. But processions were not the only daily actions performed by penitential confraternities. They maintained remarkable charity organisations aimed at those in greatest need, built their own temples, sponsored some of the most venerated images. And that is how we get to the birth of our current processional floats from very specialized artists like Gregorio Fernández. On such technical —or rather artistic, from our contemporary perspective— changeover, we also find the spirituality of Golden Century Spain, which delivered notable books to the printer. The closeness to the suffering Christ was portrayed, rather than in widespread reading, through the very lived experience.

Keywords: The Council of Trent, processions, Holy Week, fraternities, processional floats, convents, religious reform.

Tradicionalmente se ha asociado a la Semana Santa con el Concilio de Trento, lo que se ha conceptualizado como contrarreforma y barroco, términos todos ellos que también se encuentran en un profundo debate. En la aplicación del espíritu del Concilio y del desarrollo de la Iglesia postridentina podemos fijar la consolidación de un ámbito de actuación que posee orígenes más remotos y hasta otras connotaciones en su nacimiento –la reforma de las órdenes religiosas–, como se puede comprobar en el establecimiento de las cofradías penitenciales, muchas de ellas vinculadas al desarrollo de conventos, a los mendicantes, especialmente franciscanos y dominicos y a sus espiritualidades.

I. LAS MANIFESTACIONES DE PENITENCIA EN TORNO A LA PASIÓN Y LA REFORMA RELIGIOSA

Con independencia del momento en que algunas celebraciones ubiquen el origen de las procesiones de penitencia –recordemos la reivindicación que se realiza de los sermones de san Vicente Ferrer–, la institucionalización de la meditación procesional de la Pasión de Cristo debe ser retrotraída al final de la baja edad media. En todo ello será muy importante una espiritualidad de rigores que asumieron, como coordinada de reforma, las órdenes religiosas que, en muchos casos, impulsaron en sus conventos el nacimiento de cofradías penitenciales, compuestas eso sí, por laicos, por los que no eran clérigos, ni estaban sometidos a la cotidianidad de una Regla monástica o conventual, ni siquiera dentro de una orden tercera. Eso sí, disponían de su propia Regla como cofradía. Estas órdenes religiosas –sobre todo franciscanos y dominicos– difundieron la devoción a las reliquias vinculadas con la Pasión de Cristo. Contó, principalmente, con gran importancia la veneración a los fragmentos de la cruz de Jesús, aunque éstos fuesen de pequeño o ínfimo tamaño¹. Según la tradición procedían de otro mayor que había llegado de Tierra Santa, a veces, a través de un importante personaje. Las prácticas rigoristas no solo se practicaron en los claustros y se popularizaron entre la población. Después el Concilio, en su sesión XXV, indicó con respecto a las reliquias –aunque refiriéndose más a los “santos cuerpos de los santos mártires y de otros que viven con Cristo”– que a través de ellas, “concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados, como antiquísimamente los condenó, y ahora también los

1 Varios Autores, *El Árbol de la Cruz. Las cofradías de la Vera Cruz. Historia, iconografía, antropología y patrimonio*. Zamora, Museo Etnográfico de Castilla y León, 2009.

condena la Iglesia, los que afirman que no se deben honrar, ni venerar las reliquias de los santos”².

Habitualmente, las cofradías más antiguas se encontraban dedicadas a la Vera Cruz, la “Verdadera Cruz”, y asumieron una carga emotiva en su meditación de la Pasión. Recordemos como las mencionadas reformas religiosas habían mostrado coordinadas antiintelectuales. Las gentes que fueron asumiendo estos principios, lo adoptaron desde esa “santa simpleza” referida a su cotidianidad. Gustaban de mortificaciones y de ayunos, especialmente en los tiempos espirituales fuertes y el más adecuado y especial para todo ello era el de la Pasión, con el tiempo previo de la Cuaresma. Al mismo tiempo, la espiritualidad franciscana supo acercar a Jesús Crucificado a los hombres. San Francisco de Asís había asumido en su propio cuerpo las llagas de la crucifixión, en sus manos, en sus pies y en su costado³. Todo ello era motivo de aproximación progresiva a las imágenes como didáctica espiritual, imágenes que habrían de conducir en ese proceso de meditación. Este acercamiento franciscano a la Crucifixión se plasmaba en esos “Cristos” donde estaba bien patente el inmenso dolor padecido en el patíbulo. Se había ido abandonando la serenidad de las centurias anteriores, y alimentados por las revelaciones de autores como santa Brígida, se habían puesto bajo la sombra de la muerte de Cristo –antes de la composición de lugar jesuítica–, haciéndoles partícipes de la misma, a través de los sufrimientos y los tormentos. Era el compadecerse de Cristo, más bien, “el padecer con”. Todo ello se tradujo en tipos iconográficos como el llamado “Santo Cristo de Burgos” o esos “Crucificados sufrientes” que bien parecen reflejar lo que había significado el acecho de la crisis del siglo XIV y de la peste que se había cernido sobre los europeos.

Mencionaba antes al santo fray Vicente Ferrer⁴, protagonista de todo un “periplo predicador” a principios del siglo XV. No caminaba de ciudad en ciudad en solitario sino acompañado por una comitiva que ponía en práctica sus invitaciones a la penitencia, flagelantes que se multiplicaron décadas después⁵.

2 *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, traducido al idioma castellano por don Ignacio López de Ayala*. Madrid, Imprenta que fue de García, 1819, 353-358; Fermín Labarga (ed.), “Para la reforma del clero y pueblo cristiano...” *El Concilio de Trento y la renovación católica en el mundo hispánico*. Madrid, Sílex Ediciones, 2020.

3 José Antonio Guerra (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.

4 Pedro M. Cátedra, *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media: San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412): estudio bibliográfico, literario y edición de textos inéditos*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura, 1994; Alfonso Esponera Cerdán, *El oficio de predicar. Los postulados teológicos de los sermones de San Vicente Ferrer*. Salamanca, editorial San Esteban, 2007.

5 Manuel Arias Martínez, José Ignacio Hernández Redondo y Antonio Sánchez del Barrio,

Sus palabras eran realmente impactantes y capaces de perdurar en el tiempo, haciendo surgir unos ritos de expresión, que posibilitaron el cambio en las mentalidades religiosas. No lo podemos reducir a aquellos momentos. Los sermones, a partir de entonces, van a destacar por los efectos que iban a provocar en las personas que los escuchaban y no estuvieron ajenos a las manifestaciones colectivas de meditación de la Pasión. La palabra impactante llamaba a un cambio de vida y de costumbres porque el “Juicio” se encontraba cerca. Materialmente, la meditación se tradujo en recorridos disciplinares y penitenciales que, a través del obispo dominico fray Lope de Barrientos, Antonio Sánchez del Barrio ha denominado “previacrucis”⁶. Sería contemporáneo al concebido por otro dominico, el zamorano fray Álvaro de Córdoba, en su “Scala Coeli” cordobesa. A lo citado habría que sumar los primeros actos extralitúrgicos que se establecieron en la celebración medieval de la Pasión. No se pueden olvidar las representaciones dramáticas y teatrales, las representaciones “a lo vivo” de los momentos culminantes de esta narración, sobre todo del Descendimiento de la cruz y la colocación del cuerpo muerto en su sepulcro, mientras se sucedía el sermón — de nuevo el sermón— desde el púlpito. Con el tiempo, esto se ha denominado el “Desenclavo”, lo que desarrolló sus propios instrumentos, recursos e iconografías⁷.

II. UNA MODERNA COFRADÍA PENITENCIAL DE DISCIPLINA

Así pues, esta paraliturgia empezó a salir definitivamente a la calle, aunque tardó en contar con una dimensión popular. José Ángel Casquero ha documentado la primera celebración de la Semana Santa en Zamora a través de un documento de 1279⁸ por el cual se autorizaba al Cabildo y a la clerecía a que pudiesen salir a la puerta del castillo de aquella ciudad para realizar la representación de la entrada de Jesús en Jerusalén, en la Dominica de los Ramos. Para la devoción a través de las reliquias, sobre todo para la mencionada de la Cruz, habrá

Semana Santa en Medina del Campo. Historia y obras artísticas. Valladolid, Junta de Semana Santa de Medina del Campo, 1996, 11-13.

6 Para Medina del Campo la obra más importante es la mencionada de Manuel Arias Martínez, José Ignacio Hernández Redondo y Antonio Sánchez del barrio. Para el análisis del patrimonio artístico del mismo, el tomo del Catálogo Monumental de la Provincia de Valladolid, editado por la Diputación Provincial y debido a estos mismos tres autores.

7 Fermín Labarga, “Devoción a la pasión, predicación y cofradías: la función del Descendimiento en La Rioja”. *Religiosidad popular en España*, coord. por Francisco Javier Campos, vol. 1, 1997, 673-692.

8 José Ángel Casquero Fernández, “La Semana Santa en la Edad Moderna (siglos XVI, XVII y XVIII)”. *La Semana Santa en Zamora*, Zamora, 1992.

que esperar a un primer modelo de cofradía de disciplina. En Valladolid, por ejemplo, se documenta antes de 1498 pues en aquel año los cofrades vallisoletanos de la Vera Cruz se dirigían al Regimiento para contar con su ayuda en la edificación de un humilladero a la entrada de Valladolid, en lo que hoy conocemos como Campo Grande⁹. En Zamora se tituló con idénticos fines devocionales y asistenciales según apuntó Miguel Ángel Jaramillo¹⁰. La Vera Cruz de Salamanca se remontaba al 3 de mayo de 1506, en la festividad de la Invención de la Cruz¹¹. En esta misma línea se encontraba la de Medina de Rioseco, con el impulso de los almirantes de Castilla, los Enríquez –señores de la villa y futuros titulares de su ducado– junto al convento de San Francisco¹². Fue el tiempo de Fadrique Enríquez de Velasco y su esposa, la condesa de Módica. Un noble con un ámbito espiritual de gran interés. Como “una cofradía penitencial urbana de primera modernidad” definen los historiadores Virginia Asensio y Ramón Pérez de Castro a esta penitencial riosecana. A pesar de la ausencia de libros de cabillos o acuerdos, el cronista franciscano Francisco Calderón, en su relación casi hagiográfica sobre los claustros de la Provincia de la Inmaculada Concepción, al tratar de este convento de San Francisco bajo la protección del almirante, daba cuenta de las cofradías que en este claustro había: “también está la de la Santísima Cruz, la más antigua de esta ciudad, y tiene su capilla muy capaz, antigua y adornada”. Los almirantes de Castilla aparecían como los primeros hermanos en la nómina de cofrades.

Las ciudades, con una población más dinámica, empezaron a ver el nacimiento de otras cofradías penitenciales –otros modelos penitenciales como indica Fermín Labarga– en distintas advocaciones y motivos devocionales como ocurrió con las de las Angustias o de los Dolores de la Virgen con posibilidad a unirse a la de María Soledad o Santo Entierro, Sagrada Pasión o Jesús Nazareno. La primera de los Dolores se podía vincular a los frailes dominicos –otros mendicantes bien presentes en los núcleos de población a través de sus conventos–. Por la de Valladolid conocemos que estas cofradías, no la de una ciudad en

9 Esteban García Chico, *La Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz*. Valladolid, 1962; Javier Burrieza Sánchez, *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa de Valladolid*. Valladolid, Ayuntamiento, 2004; Javier Burrieza Sánchez, *Historia de las cofradías de Semana Santa de Valladolid*. Valladolid, Junta Semana Santa, 2017, 167 y ss.

10 Miguel Ángel Jaramillo Guerreira y José Andrés Casquero Fernández, *La cofradía de la Santa Vera Cruz de Zamora. Historia y patrimonio artístico*. Zamora, 2009.

11 Raúl Velasco Morgado (coord.), *Lignum Crucis. V centenario Cofradía de la Vera Cruz de Salamanca*. Salamanca, 2006; Fermín Labarga, *Las cofradías de la Vera Cruz en la Rioja: historia y espiritualidad*. Logroño, Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, 2000.

12 Virginia Asensio y Ramón Pérez de Castro “Los conjuntos procesionales de Medina de Rioseco” José Luis Alonso Ponga (coord.), *La Semana Santa en la Tierra de Campos vallisoletana*. Valladolid, Diputación Provincial, 2003, 164 y ss.

particular sino las de esta advocación, habían recibido ya en 1536 documentos pontificios con los correspondientes privilegios espirituales, en este caso otorgados por Paulo III, a través de los cuales eran invitadas a realizar manifestación pública de la penitencia a través de las procesiones en el día del Viernes Santo, con sus disciplinas y también con su cera, tras haberse arrepentido y confesado los hermanos de sus pecados¹³. Cofrades de las Angustias que dirigían su mirada hacia “el dolor que sufrió la Virgen María al contemplar a su sacrosanto Hijo crucificado”. La de Medina del Campo remonta sus primeros datos a 1567, aunque los orígenes en sí son confusos. Como sucede en otras ocasiones, aquella fecha responde a la primera acción documentada de los cofrades. La Hermandad se crea incorporando a sus advocaciones marianas –las habituales de las Angustias y Soledad– la propia del patrono de Medina –del “señor san Antolín”– al que también se dedicaba su Iglesia Colegial. Las primeras ordenanzas de la cofradía fueron examinadas por los jesuitas, hombres de la palabra predicada y confesada, protegidos por hombres de negocios, que eran los que les habían llevado a esa villa de las ferias. Las reuniones iniciales de los cofrades se celebraron en la ermita de Nuestra Señora de San Julián y desde muy pronto, en 1569, se relacionaron con la Iglesia Colegial en construcción y con ambiciones casi catedralicias de su cabildo. En la misma, terminaron teniendo una capilla propia, rematada en el siglo XVIII. Sin embargo, en esta fecha fundacional se había firmado un acta de concordia –este tipo de documento era muy importante en los orígenes de las penitenciales– entre ambas partes –cofrades y cabildo colegial– por la cual se establecía la cesión del terreno que se debía hacer a los cofrades. En el ámbito de los privilegios espirituales se asociaron a la romana Archicofradía de la Piedad de los Encarcelados –de la utilidad de la asociación o incorporación de cofradías penitenciales a otra Prima Primaria hablaremos a continuación– para contar con las mismas indulgencias a ellos concedidas por los papas. Disponía, como veremos, de su imagen en los años sesenta del siglo XVI, con creciente devoción entre los medinenses.

La institucionalización en la fundación de las cofradías se consolidó en la ritualización y organización de las mismas a través de la elaboración, aprobación y promulgación de reglas o estatutos que las regulaban, con la existencia de los correspondientes oficiales¹⁴. En estos textos plasmaban su obligación de salir en solemne procesión, vistiendo túnicas e insignias propias, disciplinándose públicamente algunos de sus hermanos –los que serían conocidos como

13 José Millaruelo Aparicio y Enrique Orduña, *Cofradías y Sociedad Urbana. La Ilustre Cofradía Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias de Valladolid (1563-2002)*. Buenos Aires-Madrid, 2003.

14 Millaruelo y Orduña, *Cofradías y Sociedad Urbana*, 534-548.

cofrades o hermanos de sangre–, mientras que otros portaban hachas de luz – hermanos de luz–. Y junto a ellos, en torno a la disciplina y la luz, las primeras imágenes, todavía no teatralizadas en escenas. Los fragmentos que conservamos de la Regla de la cofradía de la Sagrada Pasión de Cristo para Valladolid, desde octubre de 1531, resultan muy significativos. Nacida en un ámbito parroquial, pronto se asoció a los frailes trinitarios calzados. Los historiadores que hablaban a posteriori de su fundación, retrotraían la fecha inicial a finales del siglo XV. Antigüedad, y esto era muy importante, en la resolución de conflictos planteados. Sin embargo, nos inclinamos más a la aprobación de la regla por el abad de Valladolid, Alonso Enríquez y en ese tiempo de 1531 cuando indican que “lo consultaron con cura y benefiziado y sacristán de la yglesia del señor Santiago [...] començaron, criaron, hicieron la dicha cofradía y hermandad de la Pasión de nuestro señor Jhesucristo”. Muy importante que destaquemos los motivos: “tenemos la vocación de la santíssima passion y penitencia de nuestro señor Jhesucristo y con entera devoción, nos, los dichos cofrades el viernes sancto de la Cruz nos juntemos todos a las dos oras después de la media noche en el Monasterio de la Sanctíssima Trinidad para hacer la dicha cofradía de disciplina, e ende salgamos todos juntos en la processión, que le sea sacada en prenda por media arroba de cera y se diszipline el tal cofrade o cofrades que aquel día no se disziplinaron el día de la passion y maxime xpe o el domingo adelante quando por el cavildo fuese acordado”. Manuel Canesi, en su historia de Valladolid del siglo XVIII, vinculaba el nacimiento de esta cofradía con los deseos de “personas inclinadas a ejercer actos caritativos en beneficios de sus prójimos y reparar sus aflicciones”¹⁵.

No todo se reducía a estas procesiones como meditación de un misterio de la fe, en este caso de la Pasión sino a la atención asistencial en la enfermedad y en la muerte. Por eso, estos cofrades debían ser portadores de los beneficios espirituales que les habían concedido. Una labor asistencial que era realizada en pequeños hospitales, con independencia de las otras cofradías asistenciales de su ámbito poblacional. La cofradía de la Pasión que nos ha ocupado, se dedicaba al acompañamiento y al entierro de los ajusticiados, una de las labores más comunes entre las cofradías penitenciales. Se concretó en el entierro de los muertos que aparecían en los caminos, los ahogados en los ríos, pero sobre todo, la asistencia en sus últimas horas, en su noche postrera, a los que iban a ser ajusticiados. A este objetivo fueron respondiendo distintas infraestructuras en capillas y sepulturas que se repartieron en diversos lugares de la ciudad¹⁶. Fray Matías de

15 Manuel Canesi, *Historia de Valladolid*. Valladolid, Grupo Pinciano, 1996, t. II, 27.

16 Lourdes Amigo Vázquez, “Del patíbulo al cielo. La labor asistencial de la cofradía de la

Sobremonte, como cronista que fue del convento de San Francisco de Valladolid, hacía memoria de cómo nació este oficio asistencial en la cofradía. Indicaba que los huesos de los ajusticiados puestos en los caminos no se solían enterrar, provocando situaciones muy desagradables como que fuesen comidos por los perros. Se decidió pedir licencia para recogerlos a los alcaldes del crimen. Ya para entonces se había producido la agregación de los cofrades de la Pasión a la “Compañía de San Juan Bautista degollado, llamada de la Misericordia de la nación florentina”, que había sido fundada en Roma a petición de un clérigo de la diócesis de Palencia, Alonso de León. Con ella, compartían advocación y dedicación. Esta solicitud y concesión permitió que los cofrades de la Pasión recibiesen las indulgencias, gracias, facultades y exenciones que, a la mencionada “compañía” romana, les habían concedido los distintos pontífices, “salvo el poder librar el día de la degollación de San Juan [29 de agosto], un reo condenado a muerte y otras tres gracias en orden a pedir limosna, seguir pleitos en la Corte romana y usar de altar portátil”¹⁷. Estos privilegios espirituales habrían de ser aplicados a las personas que eran asistidos, aunque fuesen los marginados y condenados de aquella sociedad. Los cofrades ubicaron su celebración “de gloria” en la mencionada de la Degollación del Bautista, cada 29 de agosto. En el entierro de los muertos había que distinguir entre los que eran ejecutados, ahorcados, con el garrote y los que eran descuartizados. Estos últimos restos eran depositados en la ermita o humilladero que tenía la cofradía al otro lado del Puente Mayor y eran trasladados al convento de San Francisco en el Domingo de Lázaro, con la participación en la entrada de la ciudad de las cofradías penitenciales. También la cofradía de la Vera Cruz de Ávila, fundada en 1540, se encargaba del acompañamiento de los presos que se encontraban en capilla aunque disponía, en este caso, del privilegio de poner en libertad a uno de los que no estaban condenados a la pena capital.

En 1552, la Vera Cruz de Medina de Rioseco consiguió la pertinente licencia para abrir un hospital de pobres convalecientes. Será a partir de 1592 cuando se empezó a construir su capilla con el complejo hospitalario que hoy llamaríamos asistencial, en las proximidades de la iglesia parroquial de Santiago de los Caballeros a la que no se encontraban vinculados estos cofrades. Su patio de comedias no era un espacio de ocio sino más bien una infraestructura para convertir el teatro en fuente de ingresos con los cuales mantener el trabajo de atención a aquellos pobres y convalecientes que habían salido de los hospitales de

Pasión en el Valladolid de Antiguo Régimen” *La Iglesia española y las instituciones de caridad*, coordinado por Francisco Javier Campos, 2006, 511-542. Javier Burrieza Sánchez, *Historia de las cofradías*, 93 y ss.

17 Manuel Canesi, *Historia de Valladolid*. Valladolid, Grupo Pinciano, 1996, 29.

la entonces villa, después de haber sufrido una calentura. No era Medina de Rioseco el único sitio donde el teatro denunciado por los predicadores actuaba de apoyo en los trabajos propios de la caridad. Sucedió en Valladolid con la cofradía de San José de los niños expósitos y el corral de comedias, sin que tuviera esta última un carácter penitencial, según detalló en un artículo pionero de las mentalidades el maestro Teófanos Egido en 1973¹⁸. En esta misma línea se encontraba la palentina de la Quinta Angustia y San Francisco. La antigua cofradía de San Francisco de Palencia, fundada en el siglo XV, es ejemplo de integración de numerosos elementos que pueden configurar la vida de una hermandad¹⁹. Incorporó el elemento penitencial cuando se unió con la de la Quinta Angustia en 1579, así como la misión asistencial cuando hizo lo propio con la de la “Caridad de los Pobres Presos de la Cárcel”. Disponía también de un corral de comedias. Esta cofradía palentina de San Francisco era la que representaba la función del Descendimiento o “Desenclavo”. Toda esta complicada herencia la ha recogido, en el siglo XX, la Real Archicofradía del Santo Sepulcro. En Salamanca la primera imprenta de la ciudad se estableció en 1497 con los Hermanos de la Penitencia de Cristo²⁰. Las cofradías penitenciales nacidas en el siglo XVI no fueron ajenas al dinamismo urbanizador de la centuria.

III. LOS TEMPLOS PROPIOS DE LAS COFRADÍAS

Muchas cofradías nacieron en conventos o vinculadas a órdenes religiosas como hemos detallado. La institucionalización y consolidación de estas cofradías supuso la desvinculación de estas parroquias y conventos, no sin situaciones traumáticas traducidas, de nuevo, en pleitos como ocurrió avanzado el siglo XVII, por ejemplo, con la de Jesús Nazareno de Valladolid con respecto a los frailes agustinos²¹. Era lo necesario si las cofradías deseaban construir sus propios espacios de culto, de reuniones para los cabildos, así como las estancias propias para guardar la infraestructura procesional. A veces, podían reducirse a capillas adosadas a los primitivos conventos o parroquias —y, por tanto no hubo

18 Teófanos Egido López, “La cofradía de San José y los niños expósitos de Valladolid (1540-1757)” *Estudios Josefinos* 53 (1973).

19 Enrique Gómez y Rafael A. Martínez, *Semana Santa en Palencia. Historia, Arte y Tradiciones*. Palencia, ediciones Cálamo, 1999.

20 Francisco Javier Blázquez, *Semana Santa salmantina. Historia y Guía Ilustrada*. Salamanca, Amarú, 1992.

21 Un caso paradigmático es el de la cofradía de Jesús Nazareno de Valladolid, cfr. Filemón Arribas Arranz, *La Cofradía Penitencial de N.P. Jesús Nazareno de Valladolid*. Valladolid, Maxtor, 2003; Burrieza, *Historia de las cofradías*, 56-73.

controversia en la “independencia”-. Pero también hubo proyectos convertidos en realidades muy destacadas, como sucedió con las iglesias penitenciales, sin que faltase la aparición de fundadores o protectores que condicionaron para bien la culminación de estos templos. Así sucedió en Valladolid con la cofradía de la Quinta Angustia y Soledad —la que hoy conocemos de las Angustias— y el hombre de negocios que fue Martín Sánchez de Aranzamendi en el tránsito hacia el siglo XVII²². Estas construcciones penitenciales reunían sus propias características con puertas lo suficientemente amplias para la circulación de los pasos procesionales, los tableros o andas; los espacios para la celebración de los cabildos que se habrían de plasmar en libros hoy custodiados en los archivos históricos de las mismas, además de los balcones en sus fachadas o edificios contiguos desde los cuales las autoridades contemplaban las celebraciones en la calle. Los recintos conventuales no se plegaban a todas estas exigencias cotidianas, a estas necesidades en el día a día de las cofradías penitenciales.

IV. EL ESPACIO DE LA CALLE: LAS PROCESIONES

Las cofradías fueron centrando su liturgia en la calle en unos momentos determinados de la Semana Santa, especialmente en lo que hoy conocemos como “Triduo Santo”. El Cabildo General de 1561 de la cofradía vallisoletana de la Pasión tomaba disposiciones con respecto a la procesión “que suele ir al monasterio de la Santísima Trinidad de la quinta Angustia de Nuestra Señora [que se refería a la Virgen de la Pasión, que era una Piedad] que ningún alcalde ni mayordomo que es o fuere de aquí adelante, no mueva la dicha cofradía ni lleve cera para la dicha procesión sin licencia y acuerdo del dicho cabildo”. Esta se celebraba en la tarde del Jueves Santo, con menor preferencia que la propia de la Vera Cruz, por lo tanto más temprana en hora.

Las de la Vera Cruz solían celebrar sus funciones procesionales en el anochecer del Jueves Santo o de la Cena. Las de Jesús Nazareno se situaron en el amanecer del Viernes Santo como sucede con la palentina, la murciana o la vallisoletana. Desde 1611 se organizó a esta misma hora la del Dulce Nombre de Jesús Nazareno de León²³. En Zamora y desde 1651, en las primeras horas del Viernes Santo pero sin interferir con la anterior de la Vera Cruz, empezó a celebrarse la procesión y función de la cofradía de Jesús Nazareno, vulgo la

22 Millaruelo y Orduña, *Cofradías y Sociedad Urbana*, 67-80.

23 Máximo Cayón Waldaliso, *Semana Santa. Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*. León, 1982. Fermín Labarga, “La procesión penitencial en La Rioja y su perspectiva histórica” *Religión y cultura*, coordinado por Salvador Rodríguez Becerra, vol. 1, 1999, 539-550.

Congregación²⁴. En ella se alumbraban los “pasos” –y nunca nunca mejor dicho– de “Jesús camino del Calvario”. Los cofrades de la misma cargaban con las cruces sobre sus hombros. Dispuso de un notable apoyo popular y, por ello, pudo aumentar su patrimonio. Las de las Angustias y Soledad se reservaban para la tarde-noche del Viernes Santo como sucede en Medina de Rioseco o en las mencionadas de Valladolid²⁵.

Las complicaciones se presentaban cuando todas querían pasar por las mismas calles, las mejores en su planteamiento y conservación dentro de la ciudad, y en idénticos horarios. El desarrollo laboral de la Semana Santa era bien distinta y los jornaleros que fueron portando los pasos procesionales habían trabajado a lo largo de toda la jornada por lo que las procesiones, a pesar de la insistencia de las autoridades civiles, judiciales y eclesiásticas, buscaron la noche para su desarrollo. Todos estos conflictos se tradujeron en pleitos que, en ciudades como la del Pisuegra, con su tribunal de la Real Audiencia y Chancillería, eran dirimidos por sus oidores, lo que supuso la implicación de esta institución en la definición de la planta procesional de las celebraciones de Pasión. Las cofradías participaban del carácter pleiteante de la sociedad de su tiempo y, más todavía, en la ciudad del Pisuegra. La noche fue otro elemento de controversia, no solamente entre cofradías sino con las autoridades “civiles” y eclesiásticas. El abad vallisoletano Alonso de Mendoza –antes de la creación de la diócesis de Valladolid– establecía en abril de 1588 que las procesiones de disciplina debían dejarse de realizar “en este santo tiempo de noche, de que nuestro Señor es deservido y la república descandaliçada”. El abad exigía adaptación de las cofradías y sus procesiones “en virtud de la santa obediencia y so pena de excomunió mayor”. Pero el salir de día y volver de día era una circunstancia difícil de conseguir. No fueron los únicos conflictos de prelación.

Las cofradías de las Angustias se fueron especializando en el sermón de la Soledad. Cuando se había escenificado el Descendimiento, una vez concluida la plática, se ponía en marcha la procesión del Entierro, pudiendo existir crucificados articulados que se convertían en Cristos Yacentes dentro del sepulcro. En Zamora, en 1593, nació la procesión del Santo Entierro²⁶ con una cofradía que presentaba orígenes gremiales y que exigió, hasta 1626, examen de oficio para

24 José Andrés Casquero Fernández, *Historia de la Cofradía de Jesús Nazareno vulgo “Congregación”*. Zamora, Diputación, 2001.

25 Fermín Labarga, “Camino del Calvario: rito, ceremonia y devoción. Cofradías de Jesús Nazareno y figuras bíblicas” *Actas del V Congreso Nacional de Cofradías bajo la advocación de Jesús Nazareno*. Puente Genil, 2014, Diputación Córdoba, 2016.

26 Florián Ferrero Ferrero, *La Real Cofradía del Santo Entierro de Zamora, 1593-2012*. Zamora, 2013.

poder entrar en ella. Junto a su sermón estaba la mencionada procesión que se convirtió con los años en la oficial de la ciudad. En León, la de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad se fundó en 1572, en el convento de Santo Domingo el Real.

Junto al momento de las procesiones, debemos hablar también del modo en cómo se presentaban los cofrades. No resulta fácil la configuración de los hábitos. Como destaca Fermín Labarga, los capirotos no se encuentran vinculados al tribunal del Santo Oficio sino más bien al luto. En la ciudad de León, la apariencia de los cofrades con sus hábitos oscuros permitió su denominación popular de “paponés”, hermanos vestidos de negro en medio de las horas nocturnas. Después esta forma de llamar a los cofrades en León, se extendió más allá de las cofradías más antiguas, al resto de las de la Semana Santa que responde a un tiempo no postridentino sino de posguerra pero en el siglo XX, en el cual se produce el segundo gran momento de establecimiento de cofradías en la historia de la Semana Santa. El cofrade debía participar en su procesión y, según detallaban las bulas paulinas –de Paulo III, en 1536 y 1543– para las cofradías de las Angustias, se concedían los privilegios en ellas contenidas a las personas que realizasen actos de penitencia y caridad. Se otorgaba la absolución de los pecados. No eran documentos destinados a cofradías de una ciudad concreta pero provocaron alguna confusión en los años de su datación.

No eran las penitenciales, las únicas procesiones de estas cofradías, pues se empezaron a celebrar las de gloria, no porque se identificasen con las propias de Resurrección –que no solían existir como tales, al menos en Valladolid aunque sí encontramos imágenes de Resucitados en Salamanca o Medina de Rioseco–. La “gloria” para las de la Vera Cruz era la fiesta propia de la Invención de la Cruz, cada 3 de mayo, cuando se conmemoraba el hallazgo del patíbulo de Cristo en el siglo IV por parte de santa Helena, la madre del emperador Constantino. Y junto a ella la de la Exaltación de la Cruz, cada 14 de septiembre, en lo que era conocido como la “fiesta del Cristo”.

V. LAS PRIMERAS IMÁGENES PROCESIONALES

Procesiones en las cuales era necesario el desarrollo de las imágenes. Comenzaban con esos clérigos que portaban una cruz que podía ser de madera. Sin romper con la austeridad, existió en estas hermandades un deseo por enriquecer el repertorio iconográfico de la Pasión. Por eso, en unas nuevas cruces aparecía el rostro de Cristo, con la inserción de los brazos y las otras “Arma Christi”. Asimismo, era posible que, además, se portasen estandartes, bordados o

pintados con distintas escenas de la Pasión. En Portugal, este modo se hizo muy popular, tal y como confirmó el viajero portugués Tomé Pinheiro da Veiga en su *Fastiginia*²⁷, en la Corte de Felipe III: se admiraba de los pasos de papelón y sobre todo, tela encolada que eran alumbrados y portados en sus procesiones, al tiempo de nacer Felipe IV en 1605.

En la sesión XXV del Concilio de Trento se hablaba en general de las imágenes sagradas pero no se especificaba sobre las propias para estas cofradías de penitencia. Tampoco era una práctica generalizada para el conjunto de la Europa católica:

“declara que se deben tener y conservar, principalmente, en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen madre de Dios, y de otros santos, y que se les debe dar el correspondiente honor y veneración; no porque se crea que hay en ellas divinidad, ó virtud alguna por la que merezcan el culto ó que se les deba pedir alguna cosa, ó que se haya de poner la confianza en las imágenes, como hacían en otros tiempos los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se dá a las imágenes, se refiere á los originales les representados en ellas; de suerte que adoremos á Cristo por medio de las imágenes que besamos y en cuya presencia nos descubrimos y arrodillamos [...] Enseñen con esmero los Obispos que por medio de las historias de nuestra redención, expresadas en pinturas y otras copias, se instruye y confirma el pueblo recordándoles los artículos de la fe, y recapacitándoles continuamente en ellos: además que se saca mucho fruto de todas las sagradas imágenes, no solo porque recuerdan al pueblo los beneficios y dones que Cristo les ha concedido, sino también porque se expone a los ojos de los fieles los saludables exemplos de los santos y los milagros que Dios ha obrado por ellos [...] Finalmente pongan los Obispos tanto cuidado y diligencia en este punto, que nada se vea desordenado, o puesto fuera de su lugar, y tumultuariamente, nada profano y nada deshonesto, pues tan propia de la casa de Dios la santidad. Y para que se cumplan con mayor exactitud estas determinaciones, establece el santo Concilio que á nadie sea lícito poner, ni procurar se ponga ninguna imagen desusada y nueva en lugar ninguno, ni iglesia, aunque se de qualquier modo exento, a no tener la aprobación del Obispo”²⁸.

También es anterior a estas disposiciones, en los años treinta del XVI, la incorporación de las imágenes de María a estas procesiones. Fue cuando nacieron las principales cofradías, muchas de ellas dedicadas a las Angustias, Quinta Angustia, Soledad y Dolores de María. En esta devoción mariana encontramos un elemento de distinción entre el mundo católico y los otros ámbitos que parten

27 Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*. Valladolid, Ámbito, Ayuntamiento, 1989, 44-45.

28 *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Madrid, 1819, 355-356.

de la Reforma luterana desde 1517. La propia de los Dolores de la Virgen se manifestó desde la Plena Edad Media, propagada por los servitas u Orden de los Siervos de la Virgen. A ellos se había referido Santa Brígida en sus Revelaciones. El Sínodo de Colonia de 1423 había sumado a las fiestas de la Virgen la propia de “las Angustias y los Dolores”. En ese mismo siglo XV, en Holanda se creaba una cofradía en honor a los Siete Dolores de María. Habrá que esperar al pontificado de Clemente X para la concesión –21 de abril de 1671– de la celebración en la Monarquía de España de la fiesta de los Dolores de la Virgen en la Pasión de su Hijo, a través de una misa y oficios propios. En realidad, se establecieron dos fechas para su celebración. Una de ellas el viernes de la primera semana de Pasión, conocido popularmente como Viernes de Dolores –establecido por el papa Benedicto XIII el 22 de agosto de 1725–, mientras que la segunda se situaba en la octava de la Natividad de la Virgen, el 15 de septiembre, en disposición mucho más reciente. Inicialmente, se detallaban cinco dolores aunque a finales del XIV se encontraba fijado en siete. Estos instantes se repartían desde el propio Nacimiento hasta la muerte de Jesús con las siete espadas en el corazón de María. En referencia a estos Dolores de la Virgen, el tema más representado y temprano en las procesiones fue el de la Piedad, en el cual se plasma a la Madre de Dios en el momento de recibir a su hijo, después de ser descendido de la cruz. El supremo dolor de esta Virgen será sostener el cuerpo muerto de Jesús. Así se puede entender, en el propio siglo XVI con las Vírgenes de las Angustias de Medina del Campo o de Tordesillas. La primera en la villa donde murió la Reina Católica después de haber vivido en Arévalo y haber conquistado Granada. En las tres localidades es la imagen principal y patronal: exportación de devociones con la Madre y el Hijo muerto en sus brazos²⁹. La medinense era de Juan Picardo, que desarrolló buena parte de su trabajo en esta villa de las ferias. Será en pleno barroco del XVIII cuando esta imagen del XVI se ubicó en su propia capilla en el ámbito de la Colegiata con su aparato festivo habitual³⁰. La Virgen de las Angustias de Tordesillas se debe, en 1589, a Adrián Álvarez, singular ejemplo del “romanismo”. De aquellos momentos era la Regla de la cofradía (1583), que tenía a su cargo un hospital dedicados a los niños enfermos de tiña³¹.

29 Javier Burrieza Sánchez, “Virgen de las Angustias” *Credo, Exposición Las Edades del Hombre, Arévalo 2013*. Ed. Las Edades del Hombre, 2013, 246.

30 José Antonio Vélez Caballero, *Solemne colocación de la Augusta Emperatriz de los cielos, María Sma. de las Angustias, en el magnífico trono de su capilla, fabricada à expensas de la devoción de la Colegial*. Salamanca, 1749.

31 Jesús María Parrado del Olmo, “Piedad” Varios Autores, *Las Edades del Hombre. Remembranza. Las Edades del Hombre*. Zamora, 2001.

En esos primeros momentos de la imaginería procesional de Pasión, no menos importante será el Cristo Crucificado. Algunos no salían de sus humilladeros como el que conocemos de las “Cinco Llagas” de la Pasión de Valladolid³², de Manuel Álvarez, allí donde se reunían los restos de los ajusticiados hasta el Domingo de Lázaro. La cofradía de la Vera Cruz de León, documentada desde el Jueves Santo de 1521 con procesión de penitentes y flagelantes, portaba una cruz austera o un crucificado llevado por un clérigo, acompañado por los correspondientes hermanos de luz y de sangre³³. El Cristo de la Vera Cruz o “de las Batallas” de Tordesillas, en tamaño natural y madera policromada, cuenta con cofradía con Reglas aprobadas en 1583. Frente a su ermita, se vinculó con la parroquia de San Pedro de la localidad del Duero. Sin embargo, el paso titular era una cruz tallada, dorada y estofada, con un relicario en el que se encontraba el “Lignum Crucis”. En las celebraciones propias de la Semana Santa se trasladaba este Cristo de la Vera Cruz o de las Batallas hasta la parroquia desde el humilladero³⁴. Los cofrades de la Pasión –una de las tres penitenciales de Medina de Rioseco para la mañana del Viernes Santo– y desde la parroquia de Santa Cruz a principios del XVII, encargaron la realización de un Crucificado que se percibió como milagroso y recurrente para paliar sequías y plagas. Las últimas investigaciones de Pérez de Castro y Asensio la han vinculado a Mateo Enríquez, que trabajó a la sombra de su tío, también escultor, Pedro de Bolduque. Contemplamos un poco habitual Cristo vivo, que está dirigiendo su oración al Padre, preguntándole del porqué de su abandono. Cristo en agonía.

En las procesiones actuales encontramos imágenes del siglo XVI, lo que no quiere decir que saliesen en aquella centuria. En Zamora, un ejemplo es el “Cristo de las Injurias”. Se habla de la autoría de Arnao Palla hacia 1550, un escultor establecido en Toro. Ha sido la exclaustación y desamortización del convento de San Jerónimo de la capital zamorana, el que proporcionó su papel en la Semana Santa de hace un siglo a esta imagen, con la celebración del juramento del Silencio³⁵. La imagen muy remota del Cristo de los Gascones de

32 Jesús María Parrado del Olmo, “Esculturas del siglo XVI de la Cofradía Penitencial de la Pasión” *Pasión Cofrade* n° 6, segunda época, 2010, 16-21.

33 Xuasús González, *Biblioteca Básica de la Semana Santa Leonesa. Un breve recorrido por su larga historia*. Diario de León, 2009, t. I, 17.

34 Para la renovación de los pasos de esta cofradía de la Vera Cruz de Tordesillas habrá que esperar al siglo XVIII con Felipe Espinabete. Para alojar a los pasos barrocos, en sus diferentes imágenes, se construyó un retablo-armario. Actualmente el mencionado Crucificado se encuentra en una capilla aparte aunque nunca ha estado vinculado a ninguna autoría.

35 José Navarro Talagón, “La escultura procesional de la Semana Santa de Zamora anterior al siglo XIX” VV.AA., *La Semana Santa en Zamora*. León, 1992, 54; Francisco Javier de la Plaza Santiago y María José Redondo Cantera, *Las Edades del Hombre. RememranZa*. Zamora, 2001, 482; P. García Álvarez, “El Cristo de las Injurias en la Procesión del Santo Entierro. Los orígenes 1902-1925”,

Segovia, cuenta con la Real Cofradía de la Santa y Venerable Esclavitud y del Santo Entierro de los Gascones desde 1647, al producirse su incorporación a las procesiones. Estamos hablando de un Cristo con los brazos articulados, yacente en el interior de una urna, vinculado a la estética medieval. Para la formación de los pasos procesionales habrá que esperar al siglo XVII.

Dos apuntes últimos, al menos para Castilla. En primer lugar, las imágenes de bastidor utilizadas para la Soledad de la Virgen. En madera se encuentra tallado el rostro, las manos y los pies. Contaba con un tronco en forma de bloque, recubierto con un traje de tela natural y los correspondientes mantos. Los brazos se articulaban adoptando diferentes posturas, uniéndose el tronco a un bastidor y forma una base que se sitúa sobre las andas procesionales. Estas llamadas “imágenes de bastidor” se fueron multiplicando en las centurias siguientes. Como culminación llegaba la plasmación para la cofradía de la Quinta Angustia de Valladolid del supremo dolor de María en soledad por la imagen en madera de Soria realizada por Juan de Juni hacia 1570. Es la que conocida como Virgen de las Angustias o de los Cuchillos como aparecía en el libro de cabildos de la cofradía que comenzaba en 1618. Alberto Recchiuto Genovese la describe como la representación patética de la Madre de Dios desplomada al pie de la Cruz. Es figura de tamaño mayor que el natural, concebida en términos monumentales, a la manera italiana³⁶. La realización tendrá mucho éxito y será constantemente imitada a lo largo del barroco.

VI. EL NACIMIENTO DE LOS PASOS PROCESIONALES

En la Semana Santa postridentina nacen los pasos procesionales. Procede la palabra del latín “passus”, escena de la Pasión de Cristo. Sin embargo, el propio Gregorio Fernández –del que hablaremos seguidamente– realizó pasos con otra temática, fuera de la Pasión, como sucedió con el de “San Martín y el pobre” o el de la “Sagrada Familia”, que salía de la parroquia vallisoletana de San Lorenzo anualmente el día de San José, alumbrado por esta cofradía asistencial para con los niños expósitos. La función de los pasos no era únicamente didáctica –como se ha subrayado tantas veces– sino sobre todo vivencial. Ya exponía

Cuadernos del Santo Entierro 2, Zamora, 2002; José Ángel Rivera de las Heras, *El Cristo de las Injurias, una imagen en busca de autor*; Idem, “Crucificado (Cristo de las Injurias)”, en *Tiempo de Pasión, Semana Santa de Zamora y su Provincia*, 29-32.

³⁶ Alberto Recchiuto Genovese, “La Virgen de las Angustias de Juan de Juni. Estudio para su conservación y restauración” en *Informes y trabajos del Instituto de Conservación y restauración de obras de arte*, núm 12, 5-22.

san Juan de la Cruz en la “Subida al Monte Carmelo” lo que era importante en la realización de las imágenes, “más al propio y vivo estén sacadas... poniendo los ojos en esto más que en el valor y curiosidad de la hechura y su ornato”. Como ha indicado José Ignacio Hernández Redondo³⁷, la escultura procesional es un género artístico, entendiéndose sus obras como aquellas que fueron realizadas, no únicamente para recibir culto dentro de las iglesias sino, muy especialmente, en las manifestaciones públicas de expresión de fe. Para cumplir con su misión, estas esculturas tenían que ser de bulto redondo, con la posibilidad de contemplarlas desde todos los puntos de vista por los que se desplazasen. Imágenes procesionales que se interrelacionan entre ellas, conformando grupos procesionales o escenas en las que se reproduce un misterio de la Pasión y Resurrección de Cristo. Se establecían otros niveles de relación con los propios cofrades que los alumbraban y con los espectadores que los contemplaban. Todo ello exigía un estudio anatómico equilibrado, naturalista, realista y dramático. Esta misión de devoción condiciona los materiales y la técnica de su realización, debiéndose ser estos lo suficientemente resistentes a las inclemencias del tiempo, al uso y desplazamiento. Las procesiones se podían prolongar en condiciones adversas –no tenía por qué ser la lluvia– aunque ésta aparecía a veces de manera inesperada. Eran portadas a hombros por sus cofrades y, era menester aligerar su peso, siendo ahuecadas y vaciadas en su interior, medida que también era adecuada para evitar su deterioro producido por los cambios de temperatura a los que estas tallas estaban sometidas. Todo ello permitía su manejo aunque no le hacía perder monumentalidad. La culminación de su realización, exigía también una adecuada policromía, con el fin de ofrecer mayor verosimilitud, añadida por su contemplación en movimiento. Así, de este modo, el espectador entraba en el interior de la escena dramática de la Pasión, asumiendo la función redentora de Cristo desde la cercanía. Un paso que, en ese deseo de verismo, está integrado en el conjunto que es la procesión.

Por los datos que contamos hasta el momento, Hernández Redondo pone algunos ejemplos dentro y fuera de España de las primeras escenas que salen de estos soportes, referidas a la “Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén”. En Valladolid, así se cumple a mediados del siglo XVI, sobre el trabajo primero de Francisco Giralte, discípulo de Alonso Berruguete³⁸. El desgaste que tuvieron estos

37 José Ignacio Hernández Redondo, “La escultura procesional vallisoletana y su influencia en Castilla y León”, en *Arte y Semana Santa*, coordinado por Inmaculada Vidal Bernabé, Alejandro Cañero Donoso, 2016, 119-144. Fermín Labarga, “Los pasos procesionales de las cofradías riojanas de la Vera Cruz”, *Berceo*, nº 140, 2001, 77-102. Fermín Labarga, “Las imágenes procesionales de las cofradías riojanas”, *Memoria ecclesiae*, nº 17, 2000, 165-176.

38 Jesús María Parrado del Olmo, “La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (“La Borriquilla”)

primeros pasos impidió que se conservasen en otros sitios como en Zamora. En la cofradía de las Angustias de aquella ciudad, tenemos constancia de la existencia de pasos de misterio con figuras de bastidor en 1586. Incluso, a principios del XVII, el escultor manierista Gaspar de Acosta reprodujo en nogal el grupo del Descendido, que pertenecía a la misma hermandad. Los sucesivos contratos firmados establecían que lo que tenían que tallar los, a veces, escasamente prestigiados escultores eran las obras que ya existían anteriormente y cuya conservación ya se encontraba comprometida. En Zamora se encontraban alejados artísticamente de un foco tan pujante como era el de Valladolid aunque se inspiraron en él. Allí se entregó en 1604, y para su cofradía de la Pasión, un paso todo realizado en madera policromada. Se abandonaba la tela encolada. Era el de la “Elevación de la Cruz” de Francisco del Rincón, escultor que murió precipitadamente cuatro años después. Será entonces cuando se produce el cambio estético desde el formalismo academicista hasta esa “serenidad naturalista de la escultura barroca” de la que fue maestro el mencionado escultor³⁹. Rincón también trabajó para las cofradías de Medina del Campo y Nava del Rey con sendos nazarenos, tallados en su cuerpo entero aunque de vestir, contratado el segundo desde la cofradía de la Vera Cruz para con el ensamblador Juan de Muniátegui, aunque realizado por Rincón⁴⁰.

En Gregorio Fernández va a culminar el esplendor de lo que llamamos Escuela Castellana, creando unos modelos iconográficos y una forma de trabajar que marcará a fuego a los escultores que le sigan a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Fernández, gallego de nacimiento y asentado en Valladolid desde 1605 y hasta su muerte en 1636, fue el maestro escultor por antonomasia en plena aplicación del Concilio, desde esta ciudad del Pisuerga como Martínez Montañés lo fue para la Escuela Andaluza desde Sevilla. En sus pasos procesionales, por calidad y tamaño, se aplica por completo la dimensión más teatral del escultor, convirtiéndose en un dramaturgo capaz de crear una escena detenida, dentro de un gran auto, en el cual tiene que estudiar todos los empujes y distribuciones espaciales.

Los deseos de realizar un nuevo paso y el compromiso del escultor se plasman en un contrato, en el que se reglamentaba cada uno de los detalles que se debían plasmar en la escena, pues el que pagaba podía exigir. Casi siempre las cofradías manifestaban mucha prisa, pues deseaban procesionar en la próxima Semana Santa, el paso que habían encargado y pedían a los escultores primero

El Árbol de la Vida, Las Edades del Hombre. Segovia, 2003, 55-57.

39 Así lo define Jesús Urrea para el Cristo de las Batallas de la parroquia de Santa María la Magdalena de Valladolid.

40 El campo de actuación de los ensambladores eran los retablos, los relicarios o los órganos.

y a los pintores después, trabajo sin descanso para poder culminarlo. Otra cosa, como veremos, era la prisa de las cofradías a la hora de pagar. En el contrato que la Vera Cruz firmó con Fernández en 1623 para la ejecución del paso del Descendimiento se pedía que, al entregar las siete tallas que lo componían, éstas hubiesen sido situadas sobre una plataforma, con la cruz y las escaleras, perfectamente montadas, siguiendo lo dispuesto en un modelo de cera. La virtud de la escena procesional se encontraba en presentarla en plena acción, en este caso con un cuerpo de Cristo ya desenclavado, y solamente sujeto por Nicodemo y José de Arimatea, que permanecían encaramados. Los pasos eran portados a hombros, en las llamadas mesas o tabernáculos. Las andas y tableros donde eran armados se presentaban en Castilla muy sencillas, careciendo de ornamentos o relieves. También se describían los que no eran en su totalidad en madera policromada como de gran tamaño, tanto “como casas ordinarias”, según lo ratificaba Pinheiro da Veiga en su “Fastiginia”⁴¹. En los contratos se ponía mucho énfasis en la necesidad del mencionado vaciado de las “figuras”, “todo lo posible por que el paso pese menos”, además de detallar el origen y calidad de la madera. El Plan otorgado para las Procesiones en la fecha tardía de 1806 para la ciudad del Pisuega situó en un intervalo de treinta a cincuenta personas los portadores de los grandes conjuntos. Esta puesta en escena se manifestaba en el propio movimiento de los pasos procesionales. Resultaban de gran interés las Instrucciones de Montaje, porque a través de ellas se volvía año tras año a concebir una escena que había sido diseñada por el escultor como dramaturgo. Éstos conocían la ubicación de los tornillos para la “fortificación de las dhas figuras y seguridad para que con los va y viene tengan ningún detrimento”.

El mérito del paso no se encontraba en reproducirlo, siguiendo textualmente unas palabras, sino en haber concebido su escena desde la nada. Poco importaba que en cada una de las tallas, hubiese una intervención personal del maestro, en un trabajo que desde la estructura gremial se encontraba perfectamente repartido. La escena estaba necesitada de contrastes y éstos se podían conseguir a través de los gestos y rostros de cada uno de los personajes. Necesidad de reclamar la atención del espectador a través de lo grotesco de aquellas caricaturas en madera que eran los sayones, los soldados, y en los que no estaban ausentes los propios colores llamativos de los vestidos. La sensación de naturalismo se manifestaba en su propia musculatura, en el gesto furioso del que con la soga marca el discurrir del nazareno en el caso de un Camino del Calvario. Violencia y crueldad en contraposición de la mirada tierna de los personajes sagrados.

41 Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia*, 44-45.

VII. CONCLUSIÓN: LA BASE DE LA ESPIRITUALIDAD DE LOS PASOS PROCESIONALES

Los pasos procesionales responden al tiempo en que fueron creadas estas escenas, a un Siglo de Oro de la espiritualidad española, donde florece la literatura de las meditaciones y la ascética católica tridentina y postridentina. Era el tiempo en que los sermones eran auténticos medios de comunicación, al mismo tiempo que instrumentos de confesionalización y recristianización dentro de una sociedad sacralizada. En ese panorama, Trento había aportado mayoría de edad a todo el proceso de reforma católica que se venía efectuando desde tiempo atrás. Los escultores trabajaron con las cofradías que, en la calle, configuraron una liturgia que iba a ser mejor comprendida por el pueblo que la oficial que ocurría en las iglesias, conducidos por estas agrupaciones de laicos en una sociedad clericalizada. Los maestros escultores bebían de una base intelectual en la configuración de lo que habrían de ser los pasos, profundamente implicada con los autores de la reforma católica española, con los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, con la “Guía de Pecadores” o la “Vita Christi” de fray Luis de Granada –con el libro dedicado a “De la Pasión de Nuestro Señor”–, con las “Meditaciones de los Misterios de Nuestra Sancta Fe” de Luis de La Puente –la cuarta y quinta parte se encontraban dedicados a los misterios de la Pasión y Resurrección– o la obra del también jesuita, más tardío, Luis de La Palma. De esta manera, en ese camino de la plasmación de la Pasión, se leía el libro, se escuchaba el sermón, se meditaba y contemplaba con imágenes. En las páginas de estos autores, unas veces limitadas al ámbito conventual, otras entregadas a la publicación y, por tanto, a la difusión, los escultores encontraron el guión para plasmar en madera, y en otros materiales, todas estas experiencias espirituales. Meditación que conducía también a la compasión, a la imitación y a compartir los dolores del que sufrió para la salvación de todos. Compasión que, en la palabra predicada, tenía que traducirse forzosamente en el movimiento a lágrimas de quienes le escuchaban activamente, aplicándose después a la vida de todos. Palabra, imagen, vivencia, permanecían unidas, no solo en los pasos, sin necesidad de buscar indispensablemente la belleza, sino sobre todo en el comportamiento de los cofrades, bajo las coordenadas de la penitencia y la caridad, en el horizonte de mudar vida y costumbres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amigo Vázquez, Lourdes. 2006. “Del patíbulo al cielo. La labor asistencial de la cofradía de la Pasión en el Valladolid de Antiguo Régimen” *La Iglesia española y las instituciones de caridad*, coordinado por Francisco Javier Campos: 511-542.
- Arias Martínez, Manuel. Hernández Redondo, José Ignacio. Sánchez del Barrio, Antonio. 1996. *Semana Santa en Medina del Campo. Historia y obras artísticas*. Valladolid, Junta de Semana Santa de Medina del Campo, 1996.
- Arribas Arranz, Filemón. 2003. *La Cofradía Penitencial de N.P. Jesús Nazareno de Valladolid*. Valladolid, Maxtor.
- Asensio, Virginia. Pérez de Castro, Ramón. 2003. “Los conjuntos procesionales de Medina de Rioseco” José Luis Alonso Ponga (coord.), *La Semana Santa en la Tierra de Campos vallisoletana*. Valladolid, Diputación Provincial: 164 y ss.
- Blázquez, Francisco Javier. 1992. *Semana Santa salmantina. Historia y Guía Ilustrada*. Salamanca, Amarú.
- Burrieza Sánchez, Javier. 2004. *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa de Valladolid*. Valladolid, Ayuntamiento.
- Burrieza Sánchez, Javier. 2013. “Virgen de las Angustias” *Credo, Exposición Las Edades del Hombre, Arévalo 2013*. Editorial Las Edades del Hombre: 246-247.
- Burrieza Sánchez, Javier. 2017. *Historia de las cofradías de Semana Santa de Valladolid*. Valladolid, Junta Semana Santa.
- Canesi, Manuel. 1996. *Historia de Valladolid*. Valladolid, Grupo Pinciano t. II.
- Cátedra, Pedro M. 1994. *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media: San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412): estudio bibliográfico, literario y edición de textos inéditos*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura.
- Casquero Fernández, José Andrés. 1992. “La Semana Santa en la Edad Moderna (siglos XVI, XVII y XVIII)” *La Semana Santa en Zamora*, Zamora, Edilesa.
- Casquero Fernández, José Andrés. 2001. *Historia de la Cofradía de Jesús Nazareno vulgo “Congregación”*. Zamora, Diputación.
- Cayón Waldaliso, Máximo. 1982. *Semana Santa. Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno*. León.
- Egido López, Teófanos. 2019. “La cofradía de San José y los niños expósitos de Valladolid (1540-1757)” *La mirada de Teófanos Egido*, Valladolid, Ayuntamiento: 79-138.
- El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, traducido al idioma castellano por don Ignacio López de Ayala*. Madrid, Imprenta que fue de García, 1819.
- Espanera Cerdán, Alfonso. 2007. *El oficio de predicar. Los postulados teológicos de los sermones de San Vicente Ferrer*. Salamanca, editorial San Esteban.
- Ferrero Ferrero, Florián. 2013. *La Real Cofradía del Santo Entierro de Zamora, 1593-2012*. Zamora.

- García Álvarez, Pedro. 2002. “El Cristo de las Injurias en la Procesión del Santo Entierro. Los orígenes 1902-1925”, *Cuadernos del Santo Entierro 2*, Zamora.
- García Chico, Esteban. 1962. *La Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz*. Valladolid.
- Gómez, Enrique. Martínez, Rafael A. 1999. *Semana Santa en Palencia. Historia, Arte y Tradiciones*. Palencia, ediciones Cálamo, 1999.
- González, Xuasús, 2009. *Biblioteca Básica de la Semana Santa Leonesa. Un breve recorrido por su larga historia*. Diario de León, t. I.
- Guerra, José Antonio. 2003. *San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Hernández Redondo, José Ignacio. 2016. “La escultura procesional vallisoletana y su influencia en Castilla y León”, en *Arte y Semana Santa*, coordinado por Inmaculada Vidal Bernabé, Alejandro Cañestro Donoso: 119-144.
- Jaramillo Guerreira, Miguel Ángel. Casquero Fernández, José Andrés. 2009. *La cofradía de la Santa Vera Cruz de Zamora. Historia y patrimonio artístico*. Zamora.
- Labarga García, Fermín. 1997. “Devoción a la pasión, predicación y cofradías: la función del Descendimiento en La Rioja”. *Religiosidad popular en España*, coord. por Francisco Javier Campos, vol. 1: 673-692.
- Labarga García, Fermín. 1999. “La procesión penitencial en La Rioja y su perspectiva histórica” *Religión y cultura*, coordinado por Salvador Rodríguez Becerra, vol. 1, 1999: 539-550.
- Labarga García, Fermín. 2000. *Las cofradías de la Vera Cruz en la Rioja: historia y espiritualidad*. Logroño, Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño.
- Labarga García, Fermín. 2000. “Las imágenes procesionales de las cofradías riojanas”, *Memoria ecclesiae*, nº 17: 165-176.
- Labarga García, Fermín. 2001. “Los pasos procesionales de las cofradías riojanas de la Vera Cruz”, *Berceo*, nº 140: 77-102.
- Labarga García, Fermín. 2016. “Camino del Calvario: rito, ceremonia y devoción. Cofradías de Jesús Nazareno y figuras bíblicas” *Actas del V Congreso Nacional de Cofradías bajo la advocación de Jesús Nazareno*. Puente Genil, Diputación Córdoba.
- Labarga García, Fermín (ed.). 2020. “Para la reforma del clero y pueblo cristiano...” *El Concilio de Trento y la renovación católica en el mundo hispánico*. Madrid, Sílex Ediciones.
- Millaruelo Aparicio, José. Orduña, Enrique. 2003. *Cofradías y Sociedad Urbana. La Ilustre Cofradía Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias de Valladolid (1563-2002)*. Buenos Aires-Madrid.
- Navarro Talagón, José. 1992. “La escultura procesional de la Semana Santa de Zamora anterior al siglo XIX”. En VV.AA., *La Semana Santa en Zamora*. León.
- Parrado del Olmo, Jesús María. 2001. “Piedad”. En Varios Autores, *Las Edades del Hombre. Remembranza. Las Edades del Hombre*. Zamora.

- Parrado del Olmo, Jesús María. 2003. “La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (“La Borriquilla”)” *El Árbol de la Vida, Las Edades del Hombre*. Segovia: 55-57.
- Parrado del Olmo, Jesús María. 2010. “Esculturas del siglo XVI de la Cofradía Penitencial de la Pasión” *Pasión Cofrade* nº 6, segunda época: 16-21.
- Pinheiro da Veiga, Tomé. 1989. *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*. Valladolid, Ámbito, Ayuntamiento.
- Plaza Santiago, Francisco Javier de la. Redondo Cantera, María José. *Las Edades del Hombre. RemembranZa*. Zamora, 2001: 482.
- Recchiuto Genoveses, Alberto. 1972. “La Virgen de las Angustias de Juan de Juni. Estudio para su conservación y restauración” en *Informes y trabajos del Instituto de Conservación y restauración de obras de arte*, núm 12: 5-22.
- Rivera de las Heras, José Ángel. 2002. *El Cristo de las Injurias, una imagen en busca de autor. Cuadernos del Santo Entierro*. Zamora: 3-33.
- Varios Autores. 2009. *El Árbol de la Cruz. Las cofradías de la Vera Cruz. Historia, iconografía, antropología y patrimonio*. Zamora, Museo Etnográfico de Castilla y León.
- Velasco Morgado, Raúl (coord.). 2006. *Lignum Crucis. V centenario Cofradía de la Vera Cruz de Salamanca*. Salamanca.
- Vélez Caballero, José Antonio. 2017. *Solemne colocación de la Augusta Emperatriz de los cielos, María Sma. de las Angustias, en el magnífico trono de su capilla, fabricada á expensas de la devoción de la Colegial*. Salamanca, 1749; Antonio Sánchez del Barrio (ed.), Fundación Museo de las Ferias Medina del Campo.

Javier Burrieza Sánchez
Facultad Filosofía y Letras
Universidad de Valladolid
Plaza del Campus s/n
47011 Valladolid (España)
<https://orcid.org/0000-0002-4311-5831>